
Sumario

Jaime Ferrán, recuperación de un poeta noble	7
Voy por el mundo solo, caminante...	17
La nave.....	19
Vivir.....	21
Libera el alma.....	23
Cuando llegue la meta de este viaje... ..	25
Más allá de la muerte.....	27
El hombre	29
El mar	31
Cuando el tiempo transcurra	33
Este bosque que puebla... ..	35
Cuando pienso en la vida, a menudo recuerdo..	39
Este río es oscuro... ..	41
Como este mutilado que pasa lentamente...	45
Cuando estoy más cansado	49
En homenaje a W. B. Yeats	53
Como alguien que no quiere... ..	57
El dolor nos persigue eternamente... ..	59

Todos vagáis en torno mío... ..	63
Ohío, 1955	67
Cantaré California.....	69
Costa del Pacífico	73
Para quien hoy escribo.....	77
Canción de primavera... ..	79
¿Dónde estás, señora mía... ..	81
La muerte, Dulcinea, debe ser... ..	83
Sí, la tristeza, Ondina... ..	85
Cuando descubras el amor, Ondina... ..	87
Te acercas con tu paso rumoroso... ..	89
Las alas de tu nombre... ..	91
Del sueño al despertar... ..	93
Coltrane blues	95
Y súbita, la noche... ..	97
Ahora, con mi mano... ..	99
En la ausencia, el amor es como el cóndor... ..	101
Mi mano, al recorrerte... ..	103
No alcanzan las palabras... ..	105
Alfonso Costafreda, amigo... ..	107
En la paz de la casa... ..	109
Hay una libertad para la vida... ..	111
De pronto me llegaba... ..	113
Fueron años —lo dijo... ..	115
Como en el alto páramo... ..	117

Elegiste la muerte... ..	119
Ya empiezan a borrarse nuestros nombres... ..	121
¡Oh capitán! ¡Mi capitán! Acaba... ..	123
Hay algo más. La estela no termina... ..	125
Leo: «Un sembrador... ..	127
Llegué de una tierra... ..	129
En el otoño suave... ..	131
Baste decir... ..	133
Caminante, si pasas... ..	135
Le llamaban Ulises... ..	137
Representé mi muerte tantas veces... ..	139
Nací en Orán... ..	141
Cae la noche sobre el mar... ..	143
Tardes de mi vida... ..	145
Vivía en el Puerto... ..	147
Llegó el clavicordio... ..	149
Poco a poco, el nuevo... ..	151
La Malinche	153
Amamos lo imposible... ..	155
No estaba preparado... ..	157
Envejecer es irse despojando... ..	159
No pasa la pasión... ..	161
Con las manos vacías... ..	163
Aprendí contigo... ..	165
El eucalipto en pie... ..	167

La primavera en Georgia... ..	169
Georgia envuelta en sí misma... ..	171
El pino poderoso... ..	173
Llegaron, hoscós... ..	175
Porque la muerte acecha... ..	177
Procedencia de los poemas.....	179

Jaime Ferrán, recuperación de un poeta noble

De Jaime Ferrán (al que traté en no pocas ocasiones) me acuerdo siempre con alegría. Era simpático, hablador y tenía el don notable de comunicar a los de alrededor ese optimismo. En muchos de sus poemas —injustamente olvidados— se ve melancolía, y es muy posible que estuviera en lo hondo de su corazón sensible. Pero él daba alegría. Fuimos juntos al homenaje a Ezra Pound en Venecia —otoño de 1985— y ahí lo recuerdo, con su mujer atenta, con la cordialidad que digo. Ante la tumba del vate norteamericano fue Jaime (uno de sus introductores en España, *Introducción a Ezra Pound*, 1973) quien leyó, aquella mañana de niebla, unos cuantos versos de Pound en su traducción al español. Todo fue siempre cercano.

Nacido en Cervera —Lleida— en 1928, Jaime Ferrán pertenece a la notable facción catalana de la llamada generación del 50. Grupo que parece tener dos alas, en la primera están Gil de Biedma, Carlos Barral y José Agustín Goytisolo, y en la segunda —por debajo justa o injustamente— habría que situar a Alfonso Costafreda, Lorenzo Gomis o En-

rique Badosa. Queda en medio la obra singular (demasiado tiempo desconocida), *Ciudad del hombre: New York* de J. M. Fonollosa. ¿Dónde situamos a Jaime Ferrán? Creo que sin duda —y esta buena antología de Josep Maria Rodríguez lo evidencia— en el primer grupo. Pero Ferrán anduvo, en buena medida, las circunstancias poéticas y personales que le marcó su momento histórico, al iniciarse como poeta en los años de la postguerra, no pobres de calidad lírica, en absoluto, pero limitados —en distintas secuencias— por el nacionalcatolicismo imperante. Así no puede extrañar que el primer libro de JF, *Desde esta orilla* (1953) sea un libro mayoritariamente de sonetos, molde vinculado al centenario de Garcilaso, en su origen, y que fue muy seguido por los poetas del momento. Ese sonetismo, marcado ya desde notables poetas de la primera generación de postguerra (digamos Blas de Otero) produjo piezas ejemplares. Jaime Ferrán tiene algún texto de primera línea, en este sendero, como “Vivir”: “Vivir es la costumbre de ir muriendo / de no saber morir. Es la costumbre. (...)”. Desde hoy, ese caudal de sonetos epocales parece responder a una norma o un modo imperante, y así era. Pero los logros son, a menudo, mayores de lo supuesto. Jaime Ferrán —con altura— hubo de seguir ese casi dictado de su tiempo. Pero su evolución poética será la lógica, desde el existencialismo de tinte religioso hasta la amplitud de lo cultural, de los viajes —tantos— o

del recuento de la experiencia sentimental y moral, que mucho lo marca y que es un modo de poesía que suele hallar bastante el asentimiento lector. Repasando la poesía de Ferrán me percató de que se trata, en el fondo, de una poesía amorosa, pero de un amor abarcador, casi diría de una voluntad de amor: desde el amor a Dios o a la mujer, pasando por el amor a los amigos —Costafreda—, a los paisajes o ciudades, amor a los libros, en una palabra, apasionado amor por la vida sin que sea una poesía celebratoria, o sea, poesía vitalista (incluye la cultura) que como tal se ve también inmersa en la melancolía o en la voraz sensación del paso omnímodo del tiempo.

Como tantos poetas de su grupo o momento —pienso de repente en Ángel González—, Ferrán tuvo que salir de España (tras su formación en Barcelona y Madrid) para profesar en universidades extranjeras. Este medio exilio universitario venía dado por la necesidad de mejores condiciones económicas y acaso —en diferentes medidas— para buscar panoramas más abiertos que el franquismo. Pero el retorno a España era como la vuelta a la necesidad interior de lo propio. Para Jaime Ferrán fue muy decisivo su encuentro con EE. UU., con Irlanda y —menos conocido— con Colombia. A partir de ese momento, mediando los años cincuenta pasados, Ferrán abrirá mucho sus intereses poéticos en dos caminos por los que también irá transitando

mucha poesía nuestra a partir de los sesenta: experiencia de vida y paisajes y experiencia de poetas, escritores, otros horizontes de cultura... En esta línea llama la atención el libro *Cantos irlandeses* que, aunque se publicó en 1982, está escrito a mediados de los años cincuenta. Es decir, cronológicamente, sería el tercer libro de Jaime. Poemas largos, meditativos, con mucha hondura de comprensión y conocimiento, es posible que ese libro no se publicara en su momento (es una suposición razonada) porque abría fronteras, porque resultaba distinto. Destaco el poema en homenaje a W. B. Yeats como un texto básico y muy notable de Jaime Ferrán. La lectura del poema de Yeats sobre Innisfree da pie a una meditación, con vívido fondo irlandés, sobre la condición humana:

*Y aunque después, de nuevo bajo el agua,
casi desaparezca en la distancia
y aunque ya no la vea, sé que aún está allí
y que me llama siempre.
Porque acaso Innisfree
sea tan sólo la esperanza.*

Si Irlanda supone para Jaime Ferrán una inmersión en lo hondo, la llegada un año después a los EE. UU. representará, junto al acontecer literario, un cambio y un punto de meditación en el paisaje. El libro *Descubrimiento de América* —de 1957— es lo que dice el título y un recorrido bello en poemas/acuarela. “Cantaré California” me parece, al respec-

to, muy significativo. El poema —largo— da una imagen física y atractiva de California (como otro poema del libro, “Costa del Pacífico”) pero también se adentra en su historia. Es el momento —y tendrá una rica andadura— en que Jaime Ferrán descubre, creo que, con emoción, el enorme pasado hispánico de toda la mitad sur de Norteamérica. Acaso sabe que esta imperiosa realidad se ha intentado, a veces, negar desde un tosco imperialismo anglosajón, y ello le adentra más en la riqueza cultural y vital de nombres que imposiblemente niegan su origen: Los Ángeles, San Francisco...

*Desde entonces
yo te recuerdo, California.
Desde que Juan Rodríguez
Cabrillo, y su heredero
Bartolomé Ferrelo, te encontraron.*

El paisaje y la vida norteamericanos, que se vuelven en sutiles cuadros de emoción, comienzan a llevar a Ferrán —y el proceso durará años— al deseo de reconstrucción lírica de la historia y el vivir de la América Española. En esa abundante línea, donde hay libros como *Corónica*, de 1992, Jaime coincide, cada uno a su manera, con otro poeta de su generación: Fernando Quiñones (tampoco siempre justamente valorado) en sus “Crónicas”. Un poema como “La Malinche” pinta de modo somero el inicio del fértil mestizaje que es América hoy, pese a quien pese; pero hay otros —muy acerta-

dos— como el estupendo “Llegó el clavicordio / a la Nueva España...” donde la imagen galante de una cortesana escena virreinal se une con una Dama —la Muerte— que baila para llevárselo todo con ella en su danza. Esta tendencia —o vocación— lírica y cultista de Ferrán dará también lugar a poemas sobre el pasado grecorromano de su propia tierra, centrado en Ampurias. “Caminante, / si pasas / junto a mi tumba / piensa / no sólo en el honrado / comerciante de Emporion / que quise ser, / sino / en que representé / a mis conciudadanos / en Olimpia, / cuando alcancé la palma / en el pancracio...”. Todas estas facetas de delicado culturalismo lírico suman, con todo rigor y justicia, el nombre de Jaime Ferrán a esta tradición de esteticismo historicista que tantos frutos notables nos ha dado.

Ya he dicho, que el otro vector importante en la poesía, llena de trazos suaves, de Jaime Ferrán, sería junto al cultismo historicista, la veta del amor/amistad. El amor al amigo, como en el noble *Libro de Alfonso* (1983) dedicado por entero a la remembranza de un querido amigo y poeta que se suicidó, Alfonso Costafreda: “Alfonso Costafreda, / amigo... / amigo... / Nunca diré mejor esta palabra...”. Y por supuesto el amor mismo, que aparece por ejemplo en *El libro de Ondina* (1964) y en muchas composiciones dentro de la obra. Amor romántico, sin duda, que se vuelve elegíaco en el último libro que Ferrán publicó en vida, en 2008, dedicado a la muerte y el recuerdo de su mujer, Carmen Rodrí-

guez de Velasco: *Libro de horas*. Amor que perdura en la resignación del *sic transit*.

*No estaba preparado
para el final.*

Nunca lo estamos.

Y es claro que la ausencia irreparable de la persona amada nos hace ver normalmente más prístina nuestra caducidad, como en este muy contenido y exacto poema: “Envejecer es irse despojando / de todo lo accesorio. / Envejecer es irse despidiendo / de todos y de todo. / Envejecer es irse / poco a poco...”.

La poesía toda de Jaime Ferrán es un recorrido, un vademécum de vida. Un paseo por el mundo que ilumina y el tiempo que da sombra, al calor del deseo amistoso o amoroso y de la cultura, que nunca es un adorno, sino la raíz honda y más humana del hombre, que nos muestra partes y sujetos de la Historia. Dada su trayectoria vital, plena de viajes físicos y en la mente de ideas y palabras, no puede sorprender que Ferrán falleciera en Georgia, EE. UU., en 2016. El olvido se había ido haciendo ya con él, inmerecidamente. Fue un hombre ávido de cultura y vida, como demostraría su antología de poesía colombiana nueva —años sesenta— *Generación sin nombre*, editada en 1970. Un hombre que buscaba en los libros y en el sentimiento y un poeta, un genuino poeta, que se sitúa en muchos poemas en la vanguardia lírica de su tiempo. Alguien dijo

que un hombre no debe ser juzgado por todo lo que ha hecho, sino por lo mejor que ha hecho. Y así, no hay duda, Jaime Ferrán, noble y buen poeta, está salvado. Un alto poeta del 50.

*Todos vagáis en torno mío
amigos que he querido a lo largo del tiempo...*

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Voy por el mundo solo, caminante
que anda en silencio todos los senderos,
que buscó en horizontes extranjeros
día a día tu luz, instante a instante.

Prosigo amargamente el rumbo errante
sin encontrar la paz. Los aguaceros
borraron tu pisada. Prisioneros
de Ti mis pasos siguen adelante.

Ando caminos entre tanta niebla
que enturbia el caminar. Sólo una astilla
de esperanza reduce la tiniebla.

Desde allí siembras tu mejor semilla
y la orilla de sombra se despuebla
cuando a la sombra voy desde esta orilla.

La nave

Como un mar esta vida, como un sueño
en que fugaz deslízase la nave,
como un acantilado donde acabe
esta espuma viajera en que te sueño.

Como las olas, y también sin dueño,
sólo al placer del viento, como un ave
perdida entre la niebla, que no sabe
aventurar su vuelo, me despeño.

Recorro este camino aunque me ciega
el silencio ante mí como un castigo
que acantiladamente se despliega.

Y en este mar y en esta vida sigo
avizorando el puerto que me niega
la paz final de su vaivén amigo.

Vivir

Vivir es la costumbre de ir muriendo,
de no saber morir. Es la costumbre.
Un pájaro de fuego cuya lumbre
abrsa el alma mientras va cayendo.

Vivir es atender desatendiendo
la llanura por ir hacia la cumbre.
Es inquirir entre la muchedumbre
la senda que se irá desvaneciendo.

Es búsqueda y hallazgo a cada paso
para seguir buscando y encontrando
la misma aurora, el sol, el mismo ocaso.

Es poder descansar sin saber cuándo.
Sin saber. Aquí. Siempre. En cada caso
para seguir muriendo y esperando.

© del texto: herederos de Jaime Ferrán, 2023
© de la selección de poemas: Josep M. Rodríguez, 2023
© del prólogo: Luis Antonio de Villena, 2023

© de esta edición:
Milenio Publicaciones S L, 2023
Calle Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (Catalunya)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición: mayo de 2023
ISBN: 978-84-9743-992-3
DL L 310-2023
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.